



Hei Shu (黑叔): La Leyenda del Árbol del Dragón Negro

Copyright Notice for the Book: "Hei Shu (黑叔): La Leyenda del Árbol del Dragón Negro"

**Copyright © 2025 by Javier Clemente Engonga Avomo.
All rights reserved.**

No part of this book may be reproduced, distributed, or transmitted in any form or by any means, including photocopying, recording, or other electronic or mechanical methods, without the prior written permission of the author, except in the case of brief quotations embodied in critical reviews and certain other non-commercial uses permitted by copyright law.

**For permission requests, please contact the author at:
info@theunitedstatesofafrica.org**

Published by The United States of Africa Ltd.

This work is protected under international copyright laws. Unauthorized use, distribution, or reproduction of any content within this book may result in civil and criminal penalties and will be prosecuted to the fullest extent of the law.

Hei Shu (黒叔): La Leyenda del Árbol del Dragón Negro

Hei Shu: La Leyenda del Árbol del Dragón Negro

Libro 1: El Guerrero Inmortal

INTRODUCCIÓN: EL PUENTE ENTRE DOS MUNDOS

Engavo, conocido en la antigüedad como *Hei Shu* (Árbol Negro o Dragón Negro), es el príncipe de un poderoso reino africano que se convierte en la figura central de una conexión mítica entre África y China. Este vínculo, forjado a través de su extraordinario viaje y su papel en la unificación de China, representa una narrativa de unión y esperanza entre dos culturas ricas y ancestrales. La inmortalidad que le es impuesta lo transforma en un testigo eterno de la historia y, en el siglo XXI, renace como un empresario y diplomático dedicado a la colaboración entre continentes.

PRÓLOGO: EL DESTINO DEL DRAGÓN

La oscuridad de la noche en Ekalé era profunda, interrumpida solo por el resplandor de una enorme hoguera que ardía en el centro de la aldea. Los tambores resonaban con un ritmo hipnótico, sus ecos se extendían por el valle, convocando a los espíritus y a los hombres. Los ancianos del pueblo, vestidos con túnicas blancas y rostros pintados con cenizas sagradas, rodeaban el fuego, recitando palabras antiguas en un cántico que parecía invocar al universo mismo.

En el centro del círculo, de rodillas y con el torso desnudo, estaba Engavo. A sus 22 años, su porte ya era imponente. Su piel oscura brillaba con el sudor del calor y la intensidad de la ceremonia. En su pecho, un patrón de símbolos geométricos pintados con ceniza narraba su linaje y destino. Había sido entrenado para liderar a su pueblo, pero esta noche no se trataba de guerra, sino de profecía.

“Engavo,” resonó la voz del anciano principal, el chamán Ntuanga, cuyo rostro cubierto de arrugas parecía tallado en madera antigua. “Tu sangre es la sangre del león, pero tu destino es el del dragón. Viajarás al este, más allá del gran océano, hacia una tierra de reyes y guerreros. Allí, tu nombre será grabado en la piedra de la historia, pero el precio será alto.”

Las palabras cayeron como martillos en el pecho de Engavo. Había escuchado rumores de esta profecía desde que era un niño, pero siempre la había descartado como un mito más de los ancianos. Ahora, sin embargo, bajo el resplandor del fuego y la mirada intensa de los chamanes, sintió su peso real.

“¿Por qué yo?” preguntó Engavo, rompiendo el silencio con su voz profunda. “Mi pueblo me necesita aquí. Las amenazas del norte son cada vez mayores. Si dejas mi hogar, ¿quién lo protegerá?”

“El destino no elige a los cobardes,” respondió Ntuanga, sus ojos blancos clavándose en los de Engavo. “Eres tú porque tu alma está preparada para soportar la carga. El equilibrio del mundo depende de tu viaje.”

Engavo apretó los dientes, luchando contra las emociones que lo embargaban. Era un guerrero, un líder, pero la idea de abandonar todo lo que conocía lo llenaba de miedo e incertidumbre. “Si dejas mi hogar, ¿cómo sé que no lo condeno?”

El chamán alzó una mano, señalando hacia las estrellas. “El río siempre encuentra su camino al océano. Tú eres el río, Engavo, y tu gente es el océano. Si fluyes hacia el este, ellos prosperarán.”

El joven príncipe guardó silencio, sus pensamientos enredados. No quería aceptar esta responsabilidad, pero sabía, en el fondo, que no podía rechazarla. Era su deber.

Un signo del destino

Mientras la ceremonia continuaba, el cielo comenzó a cambiar. Las estrellas, claras y brillantes al principio, parecían desdibujarse, y una luz dorada apareció en el horizonte. Era una aurora extraña, como si el amanecer hubiese llegado antes de tiempo. Los ancianos interpretaron esto como un signo: el Dragón Dorado estaba llamando a Engavo.

La madre de Engavo, la reina Diala, observaba desde la distancia. Sus ojos estaban llenos de lágrimas, pero su rostro permanecía sereno. Sabía que perder a su hijo era inevitable. Desde el día en que nació, los chamanes habían dicho que su destino estaba ligado a algo más grande que su reino.

Al final de la ceremonia, Ntuanga colocó un collar de cuentas negras y doradas alrededor del cuello de Engavo. “Este amuleto te protegerá en tu viaje,” dijo. “Recuerda siempre de dónde vienes, pero mantén tu mirada en lo que debes lograr.”

Preparativos para el viaje

Los días siguientes fueron un torbellino de actividad. Engavo se preparó para su partida, recibiendo consejos de los ancianos y entrenando intensamente en combate y

estrategias. Aunque era un guerrero experimentado, sabía que enfrentaría desafíos desconocidos en tierras lejanas.

El comerciante extranjero que había traído noticias del reino de Qin ayudó a organizar el viaje. Era un hombre llamado Karim, un navegante árabe que había viajado por el Océano Índico durante años. “Nunca he visto un lugar como Qin,” le dijo a Engavo mientras inspeccionaban el barco que los llevaría. “Es una tierra de maravillas, pero también de conflictos. Si lo que los ancianos dicen es cierto, tu llegada podría cambiarlo todo.”

Engavo escuchaba, pero mantenía su mirada fija en el horizonte. En su corazón, la duda persistía. ¿Realmente estaba preparado para dejar todo atrás?

La despedida

El día de su partida, la aldea entera se reunió en el puerto para despedir a su príncipe. Engavo, vestido con una túnica blanca adornada con símbolos dorados, caminó hacia el barco acompañado de los ancianos y su madre. Cada paso se sentía como una despedida de su vida anterior.

“Eres mi hijo y siempre lo serás,” le dijo la reina Diala mientras lo abrazaba por última vez. “Pero ahora también eres el hijo del mundo. Ve con orgullo y regresa con honor.”

Engavo subió al barco, sus ojos fijos en el horizonte. A medida que las velas se desplegaron y el barco se alejaba del puerto, el joven príncipe sintió que una parte de sí mismo se quedaba atrás.

El mar y las visiones

El viaje por el océano fue largo y arduo. Las tormentas azotaban el barco, y el hambre y el cansancio eran constantes. Sin embargo, Engavo encontró consuelo en las enseñanzas de los ancianos que lo acompañaban en espíritu. En las noches tranquilas, bajo un cielo estrellado, meditaba y recordaba las palabras de Ntuanga: “El río siempre encuentra su camino al océano.”

Una noche, mientras dormía, tuvo una visión. En sus sueños, un dragón dorado y un árbol negro aparecieron frente a él, envueltos en llamas. La voz del dragón resonó en su mente: “Cuando llegues a mi tierra, recordarás quién eres. Cuando enfrentes la oscuridad, recordarás por qué viniste.”

Engavo despertó sobresaltado, con el sudor corriendo por su frente. Sabía que su destino estaba cerca, pero también entendía que las pruebas apenas comenzaban.

Hei Shu: La Leyenda del Árbol del Dragón Negro

Libro 1: El Guerrero Inmortal

CAPÍTULO 1: EL PRÍNCIPE DE EKALÉ

El sol ascendía sobre las colinas de Ekalé, bañando el valle en un resplandor dorado que acentuaba la majestuosidad del reino. Desde su posición en lo alto de una colina, Engavo observaba el panorama. Su mirada se deslizaba por los campos de cultivo, las aldeas y el río que serpenteaba como una vena viva a través del territorio. Este era su hogar, un lugar de belleza y riqueza, pero también de desafíos constantes.

Desde que tenía uso de razón, Engavo había sentido el peso de la responsabilidad sobre sus hombros. Su padre, el rey Abanga, había gobernado con justicia y sabiduría, pero su muerte prematura había dejado al joven príncipe como el único heredero. Aunque la reina Diala gobernaba con firmeza, todos sabían que era Engavo quien lideraría a los guerreros en tiempos de guerra y sería el protector del legado de su pueblo.

Sin embargo, esa mañana, mientras el sol se alzaba, algo en el horizonte perturbó la calma. Una columna de humo negro ascendía desde el norte, un recordatorio inquietante de la amenaza que pendía sobre Ekalé.

La amenaza del norte

El norte había sido durante mucho tiempo una fuente de conflictos para Ekalé. Los invasores, un pueblo feroz conocido como los Zangala, buscaban expandir su territorio a expensas de los reinos circundantes. Durante meses, habían llevado a cabo incursiones, saqueando aldeas y tomando prisioneros. Para Engavo, esto no era solo una cuestión de defensa territorial; era una lucha por la supervivencia cultural de su pueblo.

“Príncipe Engavo,” dijo una voz detrás de él. Era Okani, uno de los consejeros más leales de su madre. “Los exploradores han regresado. Los Zangala están reuniendo fuerzas cerca del río Iboko. Si no actuamos rápido, atacarán nuestras aldeas más cercanas.”

Engavo asintió, su mandíbula apretada. “Reúne a los guerreros. Nos enfrentaremos a ellos antes de que puedan avanzar.”

Okani inclinó la cabeza en señal de respeto y partió rápidamente. Engavo permaneció en la colina un momento más, su mente ya trazando estrategias. Había aprendido desde joven que la guerra no era solo fuerza bruta; era también astucia, precisión y la capacidad de prever los movimientos del enemigo.

Preparativos para la batalla

En el campo de entrenamiento de Ekalé, los guerreros se reunían, sus lanzas brillando bajo el sol. Engavo caminaba entre ellos, observando sus rostros. Eran hombres y mujeres de todas las edades, algunos veteranos endurecidos por años de lucha, otros jóvenes que empuñaban armas por primera vez. A pesar de las diferencias, todos compartían una determinación feroz.

“Hoy no luchamos solo por nuestras tierras,” dijo Engavo, alzando la voz para que todos pudieran oírlo. “Luchamos por nuestras familias, nuestras historias y nuestro futuro. Los Zangala creen que pueden arrebatarnos lo que es nuestro, pero hoy les mostraremos quiénes somos.”

Un rugido de aprobación surgió del grupo. Engavo sintió cómo esa energía lo fortalecía. Aunque todavía era joven, su liderazgo ya era legendario entre su pueblo. Tenía la habilidad de inspirar, de convertir el miedo en coraje y la duda en determinación.

La batalla del río Iboko

Al caer la tarde, Engavo y sus guerreros llegaron al río Iboko, donde los Zangala habían montado un campamento. Desde una colina cercana, Engavo estudió sus movimientos. El enemigo parecía confiado, sus soldados descansando sin preocupaciones aparentes. Era la oportunidad perfecta para un ataque sorpresa.

“Dividiremos nuestras fuerzas en tres grupos,” dijo Engavo a sus capitanes. “Okani, liderarás el flanco izquierdo y atacarás desde el bosque. Akoa, tú tomarás el flanco derecho y bloquearás su retirada hacia el norte. Yo lideraré el ataque frontal.”

La estrategia estaba clara, y los guerreros se movieron con precisión. Cuando cayó la noche, Ekalé lanzó su ataque. Las llamas iluminaron el campamento Zangala mientras los guerreros de Engavo avanzaban como una ola imparable. Engavo, al frente de su grupo, luchaba con una destreza que parecía sobrenatural. Cada movimiento era calculado, cada golpe mortal.

La batalla fue breve pero intensa. Al amanecer, los Zangala habían sido derrotados, y los sobrevivientes huían hacia el norte. Engavo, cubierto de sudor y sangre, se detuvo para observar el campo de batalla. Habían ganado, pero sabía que la guerra estaba lejos de terminar.

Un momento de introspección

Esa noche, mientras el campamento de Ekalé celebraba la victoria, Engavo se apartó para estar solo. Sentado junto al río, miró su reflejo en el agua. La victoria no le traía alegría, solo un sentido de deber cumplido. Sabía que, aunque había salvado a su pueblo una vez más, las amenazas continuarían.

“¿Es este mi destino?” murmuró, recordando las palabras del chamán Ntuanga.
“¿Proteger a mi gente hasta que ya no quede nada de mí?”

Una brisa suave recorrió el aire, y Engavo sintió una extraña calma. Tal vez había algo más allá de lo que podía ver, un propósito mayor que todavía no entendía.

Noticias del este

Días después, un barco llegó al puerto de Ekalé. A bordo estaba Karim, un comerciante árabe que había visitado el reino en el pasado. Esta vez, traía noticias inquietantes y fascinantes.

“Engavo,” dijo Karim mientras se reunían en el salón del consejo. “He venido desde tierras lejanas, más allá del océano. En un reino llamado Qin, un gran líder busca unificar su tierra, pero enfrenta resistencia. Se dice que necesita ayuda, y que un extranjero será clave para su victoria.”

Engavo escuchó atentamente, su interés despertado. Karim continuó: “Los ancianos de tu pueblo han hablado de una profecía. Creo que tú eres ese extranjero.”

La sala quedó en silencio. Los consejeros miraron a Engavo, y la reina Diala habló finalmente. “Mi hijo, ¿esto es lo que predijeron los ancianos? ¿Es este el viaje que debes emprender?”

Engavo no respondió de inmediato. Sabía que esto era más que un simple relato. La conexión entre las palabras de Karim y la profecía era demasiado fuerte para ignorarla.

La decisión

Esa noche, Engavo caminó por los pasillos del palacio, perdido en sus pensamientos. Su corazón estaba dividido. Por un lado, quería quedarse con su pueblo, protegerlos de los peligros inmediatos. Por otro, sentía que este llamado era ineludible.

Finalmente, se presentó ante su madre. “Madre, debo irme,” dijo con voz firme. “Si este es mi destino, no puedo rechazarlo. Pero te juro que regresaré.”

La reina Diala lo miró con tristeza y orgullo. “Eres un hijo de Ekalé, pero también del mundo. Ve, Engavo. Cumple tu destino.”

Hei Shu: La Leyenda del Árbol del Dragón Negro

Libro 1: El Guerrero Inmortal

CAPÍTULO 2: EL CAMINO DEL DRAGÓN

El día en que Engavo dejó Ekalé no hubo ceremonias fastuosas ni despedidas públicas. La reina Diala, junto con los ancianos y un grupo selecto de consejeros, lo acompañaron hasta las afueras del bosque sagrado. Allí, donde los árboles se entrelazaban como si formaran un muro vivo, esperaba un hombre encapuchado. Su figura parecía fundirse con la penumbra, y su rostro estaba cubierto por una máscara tallada en madera negra.

“¿Estás listo para cruzar el umbral?” preguntó el hombre, su voz baja y resonante, como un eco en una caverna.

Engavo, vestido con una túnica sencilla y armado solo con una lanza, asintió. “Si este es el camino hacia mi destino, entonces lo recorreré.”

El hombre encapuchado asintió y levantó una mano, señalando el interior del bosque. “Sigue mis pasos. Lo que encontrarás en estos túneles desafiará tu mente y tu espíritu. Pero si permaneces firme, el Dragón Dorado te guiará.”

Sin decir una palabra más, Engavo se despidió de su madre y de los ancianos. La reina Diala le entregó un pequeño amuleto hecho de cuentas negras y doradas. “Lleva esto contigo, hijo mío. Que los espíritus de nuestros ancestros te protejan.”

Con una última mirada a su hogar, Engavo se adentró en el bosque, siguiendo al extraño hacia el camino que lo llevaría a Qin.

El acceso a los túneles

El bosque sagrado de Ekalé era un lugar envuelto en misterio, conocido solo por los chamanes y los ancianos del reino. Los árboles eran altos y antiguos, con raíces que parecían serpentear hacia las profundidades de la tierra. A medida que avanzaban, el aire se volvía más fresco, y el canto de los pájaros era reemplazado por un silencio inquietante.

El hombre encapuchado se detuvo frente a un claro, donde una roca enorme parecía emerger del suelo como un coloso dormido. Sin decir una palabra, el extraño tocó la roca en tres puntos específicos. Con un sonido bajo y profundo, la piedra comenzó a moverse, revelando una abertura oscura que descendía hacia la tierra.

“Estos túneles son más antiguos que cualquier reino,” dijo el hombre mientras encendía una antorcha. “Fueron creados por aquellos que entendían el verdadero poder de la tierra y el agua. No están hechos para los débiles de corazón.”

Engavo se adentró en la abertura sin dudar, su espíritu preparado para enfrentar lo desconocido.

Las profundidades de la tierra

Los túneles eran vastos y serpenteaban en múltiples direcciones, como si fueran las arterias de un gigante dormido. Las paredes estaban cubiertas de inscripciones talladas, representaciones de dragones, árboles y figuras humanas que parecían contar historias de épocas perdidas.

Engavo pasó sus dedos por las inscripciones, sintiendo una conexión inexplicable con las imágenes. “¿Quién construyó estos túneles?” preguntó al guía.

“El conocimiento de sus constructores se perdió hace mucho tiempo,” respondió el hombre encapuchado. “Pero lo que dejaron atrás no es solo un camino, sino una prueba. Estos túneles eligen quién puede cruzarlos. Si tu espíritu es débil, serás consumido por las sombras.”

Engavo apretó el amuleto que colgaba de su cuello, recordando las palabras de su madre. Sabía que debía mantenerse firme, sin importar lo que enfrentara.

La primera prueba: El río subterráneo

Después de horas de caminar en silencio, los dos hombres llegaron a una enorme caverna donde un río subterráneo fluía con una intensidad sorprendente. El agua brillaba con un resplandor azul, iluminando las estalactitas que colgaban del techo como dientes de un dragón.

“Debes cruzar solo,” dijo el guía, entregándole una pequeña balsa hecha de madera negra. “Pero recuerda: este no es un río común. Reflejará tus pensamientos y tus miedos. Si pierdes el control, te perderás para siempre.”

Engavo subió a la balsa, remando con cuidado mientras el agua lo llevaba hacia lo desconocido. Al principio, el viaje fue tranquilo, pero pronto las aguas comenzaron a moverse con más fuerza. Engavo miró hacia el río y vio su propio reflejo, pero algo era diferente. Su rostro estaba cubierto de cicatrices, y sus ojos mostraban un dolor profundo.

“No soy esto,” murmuró, pero el río parecía responder, mostrando imágenes de sus peores temores: la destrucción de Ekalé, su madre llorando, su propio cuerpo hundiéndose en el olvido.

Engavo cerró los ojos y respiró profundamente, recordando las enseñanzas de los monjes que había conocido en su camino. “El miedo no es mi amo,” dijo con voz firme. “Soy Engavo, hijo de Ekalé, y tengo un propósito.”

Las aguas comenzaron a calmarse, y el reflejo cambió. En lugar de su rostro marcado por el miedo, vio el símbolo de un dragón dorado surgiendo de las profundidades. Una voz resonó en su mente: “Has pasado la primera prueba. Avanza con fuerza.”

El corredor de los ecos

Al otro lado del río, Engavo encontró un corredor largo y estrecho. Cada paso que daba resonaba como si cientos de voces lo acompañaran. Al principio, los ecos eran suaves, pero pronto comenzaron a susurrar palabras que lo perturbaban.

“¿Por qué abandonaste a tu pueblo?”

“No eres digno de este camino.”

“Eres solo un hombre, destinado a fracasar.”

Engavo se detuvo, sintiendo cómo el peso de las palabras lo aplastaba. Los susurros no eran simples ruidos; eran sus propias inseguridades, amplificadas por el túnel. Cerró los ojos y recordó las palabras de su madre: “Lleva con orgullo el legado de tus ancestros.”

Tomando fuerza de sus raíces, Engavo avanzó, ignorando los ecos. Con cada paso, las voces se desvanecían, hasta que solo quedó el sonido de sus propias pisadas.

La cámara del dragón

Finalmente, después de lo que parecieron días en la oscuridad, Engavo llegó a una cámara iluminada por una luz dorada. En el centro de la sala, una enorme estatua de un dragón dorado se alzaba, con sus ojos brillando como brasas vivas.

El hombre encapuchado apareció de nuevo, esta vez sin su máscara. Su rostro era anciano pero sereno, como si hubiera visto el paso de innumerables eras. “Has llegado al corazón del túnel,” dijo. “Aquí, recibirás la bendición del Dragón Dorado. Pero recuerda: el poder viene con responsabilidad.”

Engavo se arrodilló frente a la estatua, sintiendo una energía cálida que lo envolvía. Cerró los ojos y escuchó la voz del dragón una vez más: “Engavo, has demostrado tu

valentía y tu determinación. Lleva este conocimiento contigo a Qin, y usa tu fuerza para unir, no para destruir.”

Cuando abrió los ojos, el túnel comenzó a cambiar. La luz dorada se intensificó, y Engavo sintió como si estuviera siendo elevado. En un instante, la oscuridad fue reemplazada por el brillo del sol, y se encontró de pie en una pradera en las tierras de Qin.

Hei Shu: La Leyenda del Árbol del Dragón Negro

Libro 1: El Guerrero Inmortal

CAPÍTULO 3: LA FORJA DE UNA ALIANZA

La pradera donde Engavo apareció estaba bañada por la luz del amanecer. Las montañas de Qin se alzaban a lo lejos, majestuosas y desafiantes. A pesar de la calma aparente del paisaje, el corazón de Engavo latía con fuerza. Había cruzado los túneles subterráneos que conectaban mundos, enfrentado pruebas que desafiaron su espíritu, y ahora estaba en una tierra desconocida, destinada a jugar un papel en una historia que aún no comprendía del todo.

El aire tenía un aroma distinto, una mezcla de tierra húmeda y flores exóticas que no existían en su hogar en Ekalé. Mientras avanzaba por la pradera, escuchó un sonido que rompió la quietud: el eco metálico de espadas chocando. No muy lejos, un grupo de hombres entrenaba, sus movimientos precisos y letales. Engavo supo de inmediato que había llegado a un campamento militar.

Encuentro con los soldados de Qin

Engavo se acercó con cautela, sabiendo que su presencia no pasaría desapercibida. Los soldados, vestidos con armaduras de cuero reforzado y empuñando lanzas y espadas, lo vieron desde lejos. Una mezcla de sorpresa y desconfianza apareció en sus rostros. Su piel oscura y su altura eran características que ninguno de ellos había visto antes.

“¡Detente ahí!” ordenó uno de los soldados, un hombre joven con una lanza en alto.
“¿Quién eres y qué haces aquí?”

Engavo levantó las manos en señal de paz. “Mi nombre es Engavo. Vengo desde tierras lejanas, guiado por un destino que me ha traído a Qin. Busco hablar con su líder.”

El soldado lo miró con escepticismo. “¿Un extranjero? ¿Un destino? Esto suena como una historia que contarías a los niños. Pero no importa, el general Wei decidirá qué hacer contigo.”

Los soldados rodearon a Engavo y lo escoltaron hacia el campamento principal. A pesar de la tensión, Engavo mantuvo la calma. Sabía que este era solo el comienzo de la prueba que debía enfrentar.

El general Wei

El campamento principal estaba lleno de actividad. Hombres y mujeres entrenaban, reparaban armas y preparaban suministros. En el centro, una gran tienda de campaña se alzaba como el núcleo del lugar. Dentro de ella, Engavo fue presentado al general Wei, un hombre de mediana edad con ojos afilados y una presencia imponente.

Wei observó a Engavo con una mezcla de curiosidad y precaución. “Eres diferente a cualquier hombre que haya visto,” dijo finalmente. “Dime, ¿qué te trae a Qin?”

Engavo relató su viaje desde Ekalé, la profecía del oráculo y las pruebas que había enfrentado en los túneles. Mientras hablaba, Wei lo escuchaba en silencio, pero sus ojos revelaban incredulidad.

“Entonces, según tú, el destino te ha traído aquí para ayudar a unificar Qin,” dijo Wei, cruzando los brazos. “Pero dime, extranjero, ¿por qué deberíamos confiar en ti? No sabemos nada de ti ni de tus verdaderas intenciones.”

Engavo sostuvo la mirada de Wei. “No les pido que confíen en mis palabras. Juzguen mis acciones. Si puedo ser útil en su causa, permítanme demostrarlo. Si fallo, pueden enviarme de vuelta al olvido.”

Wei sonrió levemente, impresionado por la valentía del extranjero. “Muy bien. Si quieres demostrar tu valía, lo harás en el campo de batalla. Qin no necesita palabras, necesita hombres que actúen.”

La primera misión

Wei asignó a Engavo a un destacamento liderado por el capitán Lin, un veterano de múltiples campañas. El objetivo era simple: interceptar un grupo de bandidos que habían estado saqueando aldeas en los límites del territorio Qin. Aunque la misión parecía menor, Engavo sabía que era una oportunidad para ganar la confianza de sus nuevos aliados.

El grupo partió al amanecer, adentrándose en los densos bosques que bordeaban las montañas. Durante el viaje, los soldados observaban a Engavo con una mezcla de curiosidad y desconfianza. Aunque respetaban la decisión del general Wei, aún no estaban convencidos de que el extranjero pudiera ser una verdadera ventaja.

Cuando llegaron a la aldea saqueada, el aire estaba cargado de humo y desolación. Las casas estaban reducidas a escombros, y los pocos aldeanos que quedaban estaban aterrorizados. Engavo se arrodilló junto a un anciano que había sobrevivido al ataque.

“¿Qué sucedió aquí?” preguntó con suavidad.

“El fuego llegó con los hombres del este,” dijo el anciano, su voz temblando. “Nos llevaron todo... comida, ganado... incluso a algunos de los nuestros.”

Engavo apretó los dientes, sintiendo una mezcla de furia y determinación. “Esto no quedará impune.”

El combate en el bosque

El rastro de los bandidos los llevó a un claro en el bosque, donde un grupo de hombres armados descansaba junto a un botín de bienes robados. Lin dio la orden de atacar, y los soldados de Qin se lanzaron al combate con precisión letal.

Engavo luchó al frente, su lanza moviéndose con una habilidad que sorprendió incluso a los soldados más veteranos. Sus movimientos eran fluidos y estratégicos, como si estuviera danzando entre la muerte y la vida. Cada golpe era certero, cada defensa impecable.

En medio de la batalla, uno de los bandidos intentó huir con un grupo de prisioneros. Engavo lo persiguió a través del bosque, moviéndose con una velocidad y agilidad que parecían casi sobrehumanas. Cuando finalmente lo alcanzó, liberó a los prisioneros y enfrentó al bandido en un duelo cuerpo a cuerpo.

El bandido, un hombre corpulento y armado con una espada pesada, se burló de Engavo. “¿Un extranjero cree que puede derrotarme? No sabes dónde estás.”

Engavo no respondió. En lugar de palabras, dejó que su lanza hablara. El combate fue breve, y Engavo salió victorioso, dejando al bandido desarmado y derrotado.

El respeto ganado

Cuando regresaron al campamento, el éxito de la misión fue evidente. Los soldados de Qin, que antes miraban a Engavo con desconfianza, ahora lo observaban con respeto. Incluso el capitán Lin, conocido por ser severo y reservado, le dio un leve asentimiento de aprobación.

El general Wei escuchó el informe de Lin y miró a Engavo con una nueva perspectiva. “Has demostrado que eres más que palabras,” dijo. “Tal vez hay un lugar para ti en esta campaña, después de todo.”

Engavo inclinó la cabeza en señal de respeto. “Solo deseo servir y cumplir con el destino que me ha traído aquí.”

Wei asintió. “Entonces prepárate, extranjero. Esta fue solo una prueba menor. La verdadera batalla está por venir.”

La conexión con Qin Shi Huang

Esa noche, mientras el campamento dormía, Wei llevó a Engavo a una audiencia privada con Qin Shi Huang, el hombre que buscaba unificar China. El emperador, vestido con una túnica roja adornada con símbolos de dragones, lo observó con una intensidad que parecía penetrar el alma.

“He escuchado de ti, extranjero,” dijo Qin Shi Huang. “Dime, ¿qué hace a un hombre dejar su hogar y viajar a tierras desconocidas?”

Engavo respondió con honestidad. “El destino me ha traído aquí, pero no es solo el destino lo que guía mis pasos. Creo que las tierras de Qin y mi hogar están conectadas de formas que aún no comprendemos. Si puedo ayudar a unificar este reino, quizás pueda traer equilibrio a ambos mundos.”

El emperador lo miró en silencio por un largo momento antes de hablar. “Tu valentía es evidente, y tus palabras tienen peso. Pero las palabras por sí solas no bastan. Si realmente estás destinado a ser parte de esta unificación, lo demostrarás en las batallas que están por venir.”

Hei Shu: La Leyenda del Árbol del Dragón Negro

Libro 1: El Guerrero Inmortal

CAPÍTULO 4: EL SACRIFICIO Y LA MALDICIÓN

El sol se alzaba lentamente sobre los campos de batalla de Qin, iluminando los restos de la guerra. El aire estaba impregnado de cenizas y el eco de los gritos aún resonaba en las colinas. Engavo permanecía inmóvil, observando el paisaje con una mezcla de victoria y melancolía. Habían ganado una batalla crucial, pero cada victoria tenía un precio. Sus manos, acostumbradas a empuñar la lanza, ahora temblaban al sostener el peso invisible de las vidas perdidas.

El ascenso de Engavo como héroe de Qin

En los meses que siguieron a su llegada, Engavo se convirtió en una figura central en las campañas de unificación de Qin. Su habilidad para liderar y su conocimiento estratégico lo hicieron indispensable. Qin Shi Huang, impresionado por su capacidad y determinación, comenzó a considerarlo como uno de sus consejeros más cercanos.

Sin embargo, esta cercanía no estuvo exenta de tensiones. Algunos de los generales y consejeros de la corte veían a Engavo como una amenaza. Para ellos, era un extranjero que había ganado demasiado poder en poco tiempo. Entre ellos estaba Liang, un consejero astuto y ambicioso que guardaba rencor hacia Engavo desde su primera misión exitosa.

“Un hombre como él no pertenece a Qin,” murmuró Liang en una reunión privada con otros descontentos. “No podemos permitir que un extraño decida el destino de nuestro reino.”

Pero mientras las conspiraciones se gestaban en las sombras, Engavo permanecía enfocado en su misión. No había viajado desde Ekalé para involucrarse en intrigas palaciegas. Su lealtad estaba con Qin Shi Huang y con el ideal de unificar un reino fragmentado.

El ritual del eclipse

Una noche, Qin Shi Huang convocó a Engavo a una reunión privada en el templo más antiguo de la región, un lugar sagrado que solo los líderes y sus consejeros más confiables podían visitar. El templo estaba construido dentro de una montaña, sus

paredes talladas con símbolos de dragones y guerreros. En el centro de la cámara principal, una estatua dorada del Dragón Celestial se alzaba, su mirada fija en el cielo.

“El destino de Qin está llegando a un punto crítico,” dijo Qin Shi Huang, su voz grave y solemne. “Hemos logrado mucho, pero los enemigos aún se alzan contra nosotros. Necesitamos algo más que fuerza militar. Necesitamos el favor de los dioses.”

El emperador explicó que el templo contenía una reliquia ancestral: un espejo de obsidiana conocido como el Espejo del Dragón. Según las leyendas, este espejo tenía el poder de otorgar sabiduría y fuerza divina a aquellos que demostraran ser dignos. Sin embargo, activarlo requería un ritual durante el eclipse lunar, que ocurriría en pocos días.

“Quiero que me acompañes en este ritual,” dijo Qin Shi Huang, mirando a Engavo con una intensidad que no admitía discusión. “Tu espíritu es fuerte, y creo que el Dragón Celestial te ha traído aquí por una razón.”

Engavo aceptó, aunque sentía una inquietud creciente. Algo en las palabras del emperador y en el aura del templo le decía que este ritual no sería un simple acto simbólico.

La traición de Liang

Mientras Qin Shi Huang y Engavo se preparaban para el ritual, Liang y sus aliados urdían un plan para deshacerse de ambos. Liang había estudiado las leyendas del Espejo del Dragón y sabía que su poder no solo podía fortalecer, sino también destruir a quienes lo usaran de manera incorrecta.

“La ambición de Shi Huang y la presencia de ese extranjero son una amenaza para Qin,” dijo Liang a sus cómplices. “Si el ritual fracasa, el espejo los consumirá, y nosotros tomaremos el control.”

Sin embargo, Liang desconocía completamente la verdadera naturaleza del Espejo del Dragón y las fuerzas místicas que estaban a punto de desatarse.

El sacrificio

La noche del eclipse llegó, y el templo estaba envuelto en una atmósfera solemne. Qin Shi Huang, vestido con una túnica ceremonial adornada con dragones bordados en hilo de oro, se arrodilló frente al espejo de obsidiana. Engavo estaba a su lado, con el

amuleto de su madre colgando de su cuello, una conexión con sus raíces que lo fortalecía.

“El Dragón Celestial nos observa esta noche,” dijo Qin Shi Huang mientras encendían las antorchas ceremoniales. “Hoy pediremos su bendición para completar nuestra misión de unificar Qin.”

El emperador comenzó a recitar las palabras del ritual, su voz resonando en la cámara como un trueno. Mientras lo hacía, el espejo comenzó a brillar con una luz oscura, como si absorbiera el resplandor de la luna eclipsada. Engavo sintió una energía inmensa que llenaba el aire, una fuerza que parecía atravesar su alma.

De repente, el brillo del espejo se intensificó, y una figura espectral emergió de su superficie. Era un dragón hecho de sombras y fuego, con ojos que parecían contener el infinito. Su voz resonó en la cámara, profunda y antigua.

“Habéis invocado mi poder,” dijo el dragón. “Pero cada don tiene un precio. ¿Estáis preparados para pagar el sacrificio que se requiere?”

Qin Shi Huang asintió sin vacilar. “Haré lo que sea necesario por el futuro de Qin.”

El dragón giró su mirada hacia Engavo, y en ese momento, Engavo supo que el precio recaería sobre él. Antes de que pudiera reaccionar, una fuerza lo arrastró hacia el espejo. Las llamas del dragón lo envolvieron, y una visión inundó su mente: siglos de guerras, reinos cayendo y levantándose, y su propia figura vagando sola a través del tiempo.

“Tu sacrificio será tu inmortalidad,” dijo el dragón. “Vivirás para ver el resultado de este acto, pero nunca tendrás paz. Este es el precio por tu destino.”

El despertar de Engavo

Cuando Engavo despertó, la cámara estaba en silencio. El espejo de obsidiana había perdido su brillo, y Qin Shi Huang estaba de pie frente a él, su rostro marcado por una mezcla de gratitud y tristeza.

“Lo que has hecho por Qin no será olvidado,” dijo el emperador. “Pero entiendo que el costo es alto.”

Engavo, aunque abrumado por la magnitud de lo que había ocurrido, aceptó su destino con una calma resignada. Sabía que este era el camino que debía recorrer, aunque no comprendía completamente lo que significaba.

Sin embargo, no todos compartían la gratitud del emperador. Liang, furioso porque su plan había fracasado, juró destruir a Engavo y tomar el control del reino. Sus actos de

traición serían la chispa de una conspiración que pondría en peligro todo lo que Qin Shi Huang y Engavo habían logrado.

La maldición de la inmortalidad

En los días que siguieron, Engavo comenzó a experimentar los efectos de su inmortalidad. Su cuerpo ya no sentía el cansancio ni las heridas de la misma manera, pero su mente estaba plagada de recuerdos y visiones. Veía fragmentos del futuro, guerras que aún no habían ocurrido y rostros de personas que aún no había conocido.

La carga era inmensa, pero Engavo la soportaba con la misma determinación que lo había llevado a dejar Ekalé. Sabía que su vida ahora estaba dedicada no solo a Qin, sino al equilibrio de los mundos.

Hei Shu: La Leyenda del Árbol del Dragón Negro

Libro 1: El Guerrero Inmortal

CAPÍTULO 5: EL RENACIMIENTO EN EL SIGLO XXI

El fracaso del ritual

Los días posteriores al ritual del Espejo del Dragón estuvieron marcados por el triunfo de Qin. La bendición otorgada por el dragón otorgó a Qin Shi Huang una ventaja sobre sus enemigos, y su visión de unificar los estados combatientes comenzó a materializarse. Engavo, sin embargo, notó que algo había cambiado en el emperador. Aunque externamente Qin Shi Huang parecía fortalecido, había algo inquietante en su mirada, un brillo que delataba una creciente obsesión.

“Engavo,” dijo el emperador una noche en privado, mientras observaban el cielo estrellado desde el templo del Dragón Celestial, “hemos logrado mucho juntos, pero no es suficiente. Un reino eterno necesita un líder eterno.”

El emperador reveló entonces su verdadero propósito: había estudiado los textos místicos de los taoístas y creía que el Espejo del Dragón podía contener el alma de un hombre, preservándola en un objeto inmortal. Aunque la inmortalidad parecía haber sido otorgada a Engavo, Qin Shi Huang veía esto como una anomalía, un accidente del ritual que debía corregirse. Quería capturar el alma de Engavo en un amuleto, esperando que su conexión con el dragón le permitiera aprovechar el poder necesario para inmortalizar su propia esencia.

Engavo, aunque inicialmente respetuoso con el emperador, comenzó a sospechar de sus intenciones. “¿Por qué transferir la inmortalidad a un objeto? El poder no reside en la eternidad de un hombre, sino en su capacidad de liderar con justicia.”

Qin Shi Huang no respondió directamente. Su mente ya estaba obsesionada con la idea de trascender la mortalidad, y no consideraba los riesgos.

El ritual fallido y la caída de Engavo

El emperador ordenó que se realizara un nuevo ritual en el templo del Dragón Celestial, esta vez utilizando un amuleto creado específicamente para contener la esencia de Engavo. Este artefacto, tallado en jade negro y dorado, tenía grabados símbolos que representaban al dragón y al árbol negro. Según los taoístas, el amuleto podía capturar la energía vital de un ser inmortal, pero el proceso era extremadamente peligroso.

En la noche del ritual, el cielo estaba cubierto de nubes, y una sensación de mal augurio se cernía sobre el templo. Engavo, consciente de las consecuencias, aceptó participar solo para evitar que Qin Shi Huang recurriera a métodos aún más oscuros. Sin embargo, en lo más profundo de su espíritu, sabía que algo no iba bien.

Cuando el ritual comenzó, el Espejo del Dragón brilló una vez más, y el amuleto fue colocado en su centro. Engavo sintió una fuerza indescriptible arrancando su esencia, un dolor que atravesaba su cuerpo y su mente. Qin Shi Huang observaba con intensidad, esperando el momento en que el poder de Engavo se transfiriera al jade.

Pero algo salió mal. Las energías desatadas por el Espejo del Dragón eran demasiado inestables, y el ritual colapsó en un estallido de luz y fuego. Engavo cayó al suelo, su cuerpo aparentemente sin vida, mientras el amuleto se rompía en mil pedazos. Qin Shi Huang, frustrado y aterrorizado, abandonó el templo, convencido de que el intento había fracasado.

El letargo de Engavo

Aunque su cuerpo permaneció inmóvil, Engavo no había muerto. Su esencia quedó suspendida en un estado entre la vida y la muerte, atrapada en una especie de letargo profundo. Los taoístas, temerosos del poder desatado, sellaron el templo y lo abandonaron, dejando que el tiempo ocultara el lugar y su historia.

Mientras tanto, Qin Shi Huang continuó su búsqueda de la inmortalidad, construyendo su tumba colosal y el famoso ejército de terracota. Aunque nunca logró alcanzar su objetivo, su obsesión marcó los últimos años de su vida y dejó un legado de misterio que persistiría durante milenios.

El despertar en el siglo XXI

Durante siglos, el templo del Dragón Celestial permaneció oculto, erosionado por el tiempo y envuelto en leyendas. Fue solo en el siglo XXI, durante una excavación arqueológica en una remota región de China, que el lugar fue redescubierto. Un equipo de arqueólogos, guiados por textos antiguos y tecnología avanzada, desenterró el templo y su intrincado sistema de cámaras subterráneas.

El 22 de diciembre de 2026, un fenómeno astronómico extraordinario coincidió con este redescubrimiento: un raro alineamiento estelar entre la luna y Júpiter, conocido como el “Entrelazamiento de los Guardianes”. Según los astrónomos, este evento era extremadamente raro, ocurriendo solo una vez cada 3,000 años. Sin que los arqueólogos lo supieran, este alineamiento activó las energías dormidas del templo.

En el corazón del templo, donde se encontraba el Espejo del Dragón, algo comenzó a cambiar. La luz de la luna, reflejada y amplificada por el espejo, bañó el lugar con un resplandor dorado. Engavo, cuyo cuerpo había permanecido intacto gracias a la energía mística del ritual fallido, abrió los ojos por primera vez en más de dos mil años.

La confusión y la revelación

Cuando Engavo despertó, el mundo que encontró era completamente desconocido. La tecnología, las luces y el bullicio de la civilización moderna lo abrumaron. Fue encontrado por el equipo de arqueólogos, quienes, al principio, pensaron que era un actor o un guardia disfrazado.

Sin embargo, Engavo comenzó a hablar, primero en un dialecto antiguo de Qin, y luego, al recordar su origen, en su lengua natal de Ekalé. Uno de los arqueólogos, una joven llamada Mei Lin, que también era historiadora, se dio cuenta de que estaban frente a algo extraordinario.

“¿Quién eres?” le preguntó Mei Lin, sorprendida por su presencia y por la fuerza de su aura.

“Soy Engavo,” respondió con calma. “Fui un guerrero, un consejero de Qin Shi Huang... y ahora soy un hombre fuera del tiempo.”

Mei Lin, intrigada y maravillada, decidió ayudarlo a adaptarse al mundo moderno. Con su ayuda, Engavo comenzó a aprender sobre los avances de la humanidad, pero también vio los desafíos que aún persistían: la desigualdad, los conflictos y la desconexión entre las culturas.

Un nuevo propósito

Engavo entendió que su despertar no era un accidente. El alineamiento entre la luna y Júpiter, junto con el redescubrimiento del templo, eran señales de que su misión aún no había terminado. Decidió adoptar una nueva identidad, utilizando su conocimiento ancestral y su carisma para influir en el mundo.

En poco tiempo, Engavo se convirtió en un influyente empresario y diplomático, operando bajo el nombre de Engavo Hei, en honor a su apodo de "Hei Shu". Estableció alianzas con gobiernos y organizaciones, enfocándose en fortalecer las relaciones entre África y China, viendo en esta colaboración un símbolo de unidad y progreso.

Al mismo tiempo, comenzó a investigar el paradero del Espejo del Dragón y los fragmentos del amuleto de jade. Creía que estos objetos aún contenían secretos que podían ayudarlo a comprender su propósito final y las fuerzas que habían guiado su vida.

Hei Shu: La Leyenda del Árbol del Dragón Negro

Libro 1: El Guerrero Inmortal

EPÍLOGO: EL CAMINO HACIA EL PASADO

El mundo moderno le ofrecía a Engavo un sinfín de posibilidades, pero también un peso abrumador. Aunque había comenzado a adaptarse a las tecnologías, los idiomas y las costumbres del siglo XXI, su alma seguía profundamente ligada al tiempo del que provenía. En su corazón, un fuego persistía: el deseo de entender el propósito de su inmortalidad y de encontrar una forma de reconciliar el pasado y el presente.

Había vuelto a África con la esperanza de encontrar consuelo, de reencontrarse con las raíces de su tierra y los ecos de su pueblo. Sin embargo, lo que encontró fue un continente fragmentado, plagado de desigualdades y luchas internas. Aunque la riqueza cultural de África seguía siendo innegable, las cicatrices de la colonización, la corrupción y la explotación eran evidentes.

“Esto no puede ser el futuro que nuestros ancestros imaginaron,” pensó Engavo mientras caminaba por una ciudad en ruinas, donde las luces de los edificios modernos contrastaban con los barrios pobres que se extendían a su alrededor. “El tiempo no existe; lo que existe es el movimiento. Y el movimiento que veo aquí ha traído desarmonía.”

El túnel como clave del tiempo

Engavo comenzó a obsesionarse con la idea del tiempo como una construcción maleable. Recordó los túneles que lo llevaron a Qin, las pruebas que enfrentó y las inscripciones que hablaban de realidades conectadas. Si había llegado al futuro a través de un fenómeno místico, ¿podría utilizar los mismos túneles para regresar al pasado?

“Si el movimiento del tiempo es como un río,” razonó Engavo, “entonces los túneles son como corrientes ocultas que fluyen entre épocas. Si puedo encontrar el túnel original, tal vez pueda volver a mi tiempo y cambiar lo que salió mal.”

Engavo contactó a Mei Lin, la arqueóloga que lo había ayudado a adaptarse al mundo moderno. Juntos comenzaron a investigar textos antiguos y mapas que podrían indicar la ubicación de otros túneles subterráneos similares al que lo había llevado a Qin. Los registros eran escasos, pero algunos manuscritos taoístas mencionaban un “corazón de los túneles”, un lugar donde todas las corrientes temporales convergían.

“Si existe un corazón de los túneles,” dijo Mei Lin, “probablemente esté conectado con el templo del Dragón Celestial o con algún lugar de África donde los ancestros guardaran este conocimiento.”

El regreso a Ekalé

Engavo decidió regresar a las tierras que una vez habían sido Ekalé, el reino de su juventud. Aunque el tiempo había transformado la región, algunos rastros de su pueblo permanecían. Viejas tradiciones aún se practicaban en pequeñas comunidades rurales, y los ancianos hablaban de leyendas que se transmitían de generación en generación.

En una de estas aldeas, Engavo conoció a una anciana llamada Mwana, quien parecía reconocerlo de inmediato. “Eres Engavo,” dijo con una voz quebrada pero firme. “El príncipe perdido de Ekalé, el que dejó nuestra tierra para cumplir con un destino mayor.”

Engavo se sorprendió. “¿Cómo puedes saber eso? Mi historia debería haber desaparecido con el tiempo.”

“La historia nunca desaparece,” respondió Mwana. “Solo se transforma en canciones, cuentos y susurros. Tu leyenda ha vivido en nuestro pueblo durante siglos. Y aunque nadie creía que fueras real, yo sabía que algún día regresarías.”

Mwana llevó a Engavo a una cueva oculta en las montañas cercanas, un lugar que ella describió como sagrado. En su interior, había inscripciones similares a las que Engavo había visto en los túneles de Qin. Representaban al Dragón Dorado y al Árbol Negro, símbolos de conexión entre tiempos y mundos.

“Este lugar es un vestigio del túnel original,” explicó Mwana. “Se dice que aquellos que lo atraviesan pueden moverse no solo entre lugares, sino entre momentos. Pero el camino no está completo. Algo se perdió cuando te fuiste.”

El dilema de regresar

Mientras estudiaba las inscripciones, Engavo comenzó a comprender que regresar al pasado no sería sencillo. Los túneles no eran solo un medio físico; también requerían una alineación espiritual. Su mente y su corazón debían estar completamente enfocados en un propósito claro, o corría el riesgo de perderse en el flujo del tiempo.

Mei Lin, quien lo había acompañado en el viaje, expresó su preocupación. “¿Y si no puedes regresar al tiempo exacto? ¿Y si te pierdes para siempre?”

Engavo no respondió de inmediato. Sabía que el riesgo era grande, pero también entendía que quedarse en el presente significaba aceptar un mundo que no reflejaba los ideales por los que había luchado. “No temo perderme,” dijo finalmente. “Lo que temo es no hacer nada.”

El fenómeno astronómico

Mientras Engavo se preparaba para activar el túnel, un fenómeno similar al entrelazamiento estelar que lo había despertado en el siglo XXI comenzó a manifestarse. Según los astrónomos, una alineación rara entre Saturno, Júpiter y la luna ocurriría en cuestión de días, creando una ventana de energía que podía influir en los campos gravitacionales y electromagnéticos de la Tierra.

Engavo sintió que esta era su oportunidad. Si la energía del alineamiento podía amplificar las corrientes del túnel, tal vez podría completar el viaje de regreso a su tiempo. Con la ayuda de Mei Lin y Mwana, comenzó a preparar el ritual que abriría el camino.

El paso a lo desconocido

En la noche de la alineación, Engavo se paró frente a la entrada del túnel, vestido con una túnica ceremonial que Mwana había tejido siguiendo las tradiciones ancestrales de Ekalé. En sus manos llevaba el amuleto que su madre le había dado antes de partir, un símbolo de protección y conexión con su pueblo.

Mientras recitaba las palabras del ritual, el túnel comenzó a vibrar. Las inscripciones en las paredes brillaban con una luz dorada, y una corriente de viento cálido se sintió en el aire. Engavo cerró los ojos, concentrándose en el propósito que lo guiaba: restaurar el equilibrio y evitar los errores que habían llevado al mundo moderno a su estado actual.

“Si el movimiento es el tiempo,” murmuró, “entonces regresaré al punto donde comenzó el desequilibrio.”

Con un paso firme, Engavo entró en el túnel. La luz lo envolvió, y el mundo a su alrededor se desvaneció.



Copyright Notice for the Book: "Hei Shu (黑叔): La Leyenda del Árbol del Dragón Negro"

**Copyright © 2025 by Javier Clemente Engonga Avomo.
All rights reserved.**

No part of this book may be reproduced, distributed, or transmitted in any form or by any means, including photocopying, recording, or other electronic or mechanical methods, without the prior written permission of the author, except in the case of brief quotations embodied in critical reviews and certain other non-commercial uses permitted by copyright law.

**For permission requests, please contact the author at:
info@theunitedstatesofafrica.org**

Published by The United States of Africa Ltd.

This work is protected under international copyright laws. Unauthorized use, distribution, or reproduction of any content within this book may result in civil and criminal penalties and will be prosecuted to the fullest extent of the law.

